

# El oficio de enseñar y escribir

Marco Palacios

Palabras pronunciadas por el Rector de la Universidad Nacional de Colombia, en el acto de entrega de premios académicos y del Doctorado Honoris Causa a Manuel Mejía Vallejo, en el Auditorio León de Greiff el 16 de septiembre de 1985.

Hoy es día de fiesta en la Universidad: quienes se han entregado a ella con pasión y desinterés mediante el oficio de enseñar e investigar, reciben el testimonio agradecido de la institución y de la comunidad.

En la trama social de una universidad como la Nacional despunta siempre un personaje discreto y servicial, imprescindible para ciertas labores de docencia que, en la memoria de los exalumnos o de los más antiguos profesores, es simultáneamente dato histórico y testigo amable. La institución reconoce estos méritos al señor José Joaquín Camargo Rincón, quien por más de treinta y cinco años ha estado al frente del anfiteatro de la Facultad de Medicina en la Ciudad Universitaria y hoy obtuvo la Medalla "Manuel Ancízar".

No podría detenerme en cada uno de los profesores que recibieron distinciones académicas. Pero estoy seguro que los profesores Ignacio Arango Betancur, Erix Bozón Martínez, Fabio Bustamante Betancurt, Bernardo Cadavid Romero, Eduardo Cortés Mendoza, Januario Galindo, Humberto González Gutiérrez, Henry García Escobar, Nelly Garzón Alarcón, Humberto Lizarazo Peñaloza, Luis Macía González, Carlos Martínez, Manuel Mejía Vallejo, Manuel Elkin Patarro, Rafael Ramírez Merchán, Aníbal Ríos Ruiz, Jaime Saravia Gómez, Eduardo Umaña Luna, Alfonso Vargas Rubiano, Ignacio Vergara García, Mario Villamizar Rey y Daniel Vidart B., evocan en sus discípulos, condiscípulos y colegas un fragmento de la vida fructífera, innovadora y a veces turbulenta del claustro.

La modestia de sus vidas expresa una honda y entrañable vocación por darle presencia humana y calidez a las verdades —siempre cambiantes— de una ciencia que en la voz de los aprendices o de los charlatanes tiende a ser altiva y petulante y aún se atreve a lanzar anatemas.

Hoy la Universidad premia maestros ajenos a las sutilezas innecesarias, a las deducciones superfluas, a la tiranía de los manuales enciclopédicos. Son ellos bien reconocidos en la comunidad académica nacional e internacional y algunos en la misma opinión pública. Han trabajado con la serenidad de ciertos excepcionales histo-

riadores que, según Alfonso Reyes, extraen sus materiales del sepulcro de los archivos para depositarlos, convertirlos en obras interpretativas, en el sepulcro de las bibliotecas confiando que algún día un joven lector encontrará en sus páginas la clave de un nuevo camino. Trasponiendo la metáfora, creo que es esa la parábola ininterrumpida de la transmisión del saber desde que la universidad es universidad y que cumple sucesivas generaciones de maestros dignos de tal nombre. A eso y a nada más se reducen los méritos académicos de los hoy galardonados. Ellos y el auditorio entenderán el significado de dirigir unas palabras especiales a quien los representa en este acto como ejemplo de una vida intelectual dedicada.

No es pródiga la Universidad Nacional al conceder su más alta distinción académica, el Grado de Doctor Honoris Causa, con el que todas las universidades del mundo reconocen la eminencia y el aporte sustancial de contados hombres que han descollado en las artes, las ciencias o la política. Hoy, el claustro confiere este honor a Manuel Mejía Vallejo, eximio y fecundo escritor antioqueño.

Manuel Mejía Vallejo cumple cuarenta años de actividad literaria. Aunque las circunstancias de su vida lo llevaron a desempeñarse en el periodismo y la administración, ha consagrado su existencia a la literatura con pasión, tenacidad y gran sentido profesional. Siendo uno de los narradores nacionales de mayor talento en las últimas generaciones, no ha desdeñado el saber del buen artesano y ha reiterado su convicción del que el escritor colombiano debe abandonar el diletantismo y la improvisación y tomar en serio su oficio.

Autor de siete novelas, una de las cuales, *El día señalado*, ha sido traducida a varios idiomas, de cuatro colecciones de cuentos, de dos libros de poemas, de una antología del cuento antioqueño, además de innumerables artículos publicados en periódicos nacionales y extranjeros, es, sin lugar a dudas, un escritor conocido dentro y fuera del país. Sin embargo, su obra todavía no ha sido suficientemente valorada y estudiada.

Manuel Mejía Vallejo ha logrado construir su propio universo de imaginación renovando sus temas, sus procedimientos, su lenguaje y atreviéndose con géneros nuevos. Su actividad creadora, en continuo proceso de evolución, ha pasado por fases diferentes sin llegar a rupturas radicales. Aun en sus metamorfosis más sor-

prendentes, reaparece en la nueva fase, en otro plano o bajo nueva luz, un elemento característico de la anterior.

Su proceso creativo parte de la tradición literaria antioqueña, de Carrasquilla y Efe Gómez. En su primera novela, *La tierra éramos nosotros*, exaltación de la tierra, del campesino antioqueño y de su cultura, persisten elementos del costumbrismo regionalista y de la retórica tradicional, asimilados y superados en sus obras posteriores.

De esta visión inicial, que tiene mucho de idílico, llega, en su narrativa de los años cincuenta y sesenta, a una concepción realista del proceso social colombiano, tanto en el ámbito rural como urbano. Esta fase de su producción literaria corresponde a la modalidad estética que los especialistas denominan realismo: *Tiempo de sequía*, *Cielo cerrado*, *Cuentos de zona tórrida*, *El día señalado*. Domina en ella el tema de la violencia: política, social, psicológica y de la naturaleza. Con una prosa densamente lírica, presenta los conflictos derivados del desequilibrio social, la comunidad desgarrada por la lucha fratricida y la miseria. Sus personajes, también desgarrados por el dolor, la soledad y la muerte, se aferran a algunos valores humanos, al recuerdo nostálgico o a una vislumbre de esperanza. Culmina esta etapa con *El día señalado*; esta obra y *El coronel no tiene quién le escriba*, son consideradas por la crítica las mejores novelas de la violencia colombiana.

Después de haber captado la realidad colombiana en un momento crítico de su historia con los medios del arte realista, abandona la temática de la violencia e inventa en *Aire de tango* un ambiente nuevo y nuevos personajes, para dar luego un salto cualitativo en *Las noches de la vigilia*, libro que supera el cuento realista creando uno de nuevo tipo, que podría denominarse fantasmagórico, onírico o alucinante. Aquí toma cuerpo el universo mítico de Ba'andú, el pueblo acurrucado al pie de la cordillera donde se había detenido el tiempo, "pueblo en vía de sueño", que "dejaba la impresión de un cansancio en madera y piedra, un arrepentimiento del esfuerzo inconcluso". Este mundo misterioso, ido para siempre, es recuperado como presencia poética.

La obra de Mejía Vallejo presenta una visión dinámica del mundo. A lo largo de su proceso de evolución, permanecen elementos que dan unidad y coherencia al conjunto. Más allá de los temas particulares de cada obra, recurren los dos más

generales de la soledad y de la muerte, que enmarcan otros como son los de la búsqueda, el caminar, el destino, el recuerdo con su correlativo el olvido. Todos estos temas se sintetizan en la frase "Vivir-morir recordando los caminos en la soledad" en la cual un estudioso reconoce la estructura significativa de toda su obra.

El recuerdo, asociado las más veces a una evocación de tono nostálgico, ocupa un lugar privilegiado en los libros de Mejía Vallejo. El Desconocido de *El día señalado* recuerda su odio y su implacable búsqueda del padre para ejecutar en él su venganza; en la misma novela, el cura Azuaje recuerda el mundo idílico del campo, dominado por la figura casi mítica del padre. El borrachín anciano y solitario de *Aire de tango* se sume en el recuerdo que conforma un relato tortuoso y evocador de Guayaquil, el barrio arrasado por el progreso, y la figura legendaria del cantor de tangos. En *Una tarde de verano*, una mujer recuerda para vencer la muerte: "la muerte es la soledad que los que se van nos dejan".

La obra de Mejía Vallejo pone de manifiesto una concepción filosófica de cuño existencial. El héroe de sus narraciones, al actuar, construye su existencia; luego, al recorrer los caminos interiores de la memoria para comprenderse, se encuentra consigo, con su soledad y su muerte. "El hombre es el ser más desolado porque lleva conciencia de su desolación". Sin embargo, sus personajes nunca son entes metafísicos, sino seres integrados en unas circunstancias sociales e históricas.

En sus cuarenta años de actividad literaria, Mejía Vallejo ha creado una obra de reconocido valor. Ha sido uno de los grandes renovadores de la novela colombiana y en los últimos años se ha orientado hacia la poesía. *Las noches de la vigilia* y las cualidades líricas de su prosa hacían presentir al poeta subyacente al narrador que procura castigar su lenguaje. Manuel Mejía Vallejo, el narrador y el poeta, escritor en la plenitud de su vigor creativo y con gran capacidad renovadora, deparará muchas sorpresas a sus lectores, todavía tiene mucho qué dar de sí mismo.

En esta nota personal del autor a su última novela *Y el mundo sigue andando*, puede advertirse el acorde desesperanzado y lírico de Francisco Villón:

"Redactar es condición mínima en el agrio oficio de aprender a escribir, si escribir es acto de creación. Entre tanto he vivido y seguiré

viviendo hasta que desaparezca del todo, y un poco más. Ser hombre es lo esencial, resume mi corazón de ser; si además amo y escribo y labro juguetes para contentos infantiles, allá yo. No tengo mensajes qué dejar a futuras generaciones, sé que muero como ellas habrán de morir. Lo importante sería no morir en vano, o morir de cualquier manera pero decentemente. El resto equivaldría a vanidad".

Son muchos los escritos de Mejía Vallejo que no he podido mencionar aunque en casi todos ellos hay un esfuerzo por demoler prejuicios de curso forzoso en nuestra sociedad. Han sido también muchos los honores de que han sido objeto el escritor y su obra. Con gran orgullo le hice entrega del diploma de Doctor Honoris Causa con que la Universidad distingue a un escritor que ensancha los horizontes de la conciencia y la sensibilidad de los colombianos con su tenaz, depurada y espléndida labor.

Este acto abre la Semana Universitaria de 1985, destinada a celebrar los 118 años que lleva la Universidad Nacional buscando servir a Colombia. Es esta hora de esperanza para el claustro y para la nación porque en medio de dificultades previsibles avanzamos hacia la paz que, en las actuales circunstancias históricas, es un requisito esencial de la vida democrática, de la profundización de la democracia colombiana en sus dimensiones sociales y económicas.

Parecería que la Universidad pasó su hora de aguardo y hoy la comunidad de docentes y estudiantes rescata, cada día con mayor lucidez, la fe en su misión. Para realizarla a cabalidad la Universidad deberá emplear su arma definitiva, la inteligencia, con el método más inteligente, el diálogo. Lo específico del diálogo universitario es que se inspira en el espíritu de las artes y de las ciencias, espíritu liberador en cuanto esté penetrado por la conciencia ética de servir al hombre. La trinidad de ciencia, técnica y humanismo, acorde con los tiempos, está en el corazón mismo de la universidad.

Sabemos que para transitar soberana por el siglo XX Colombia reclama una ciencia, una tecnología y un humanismo apropiados en los dos sentidos del vocablo, apoderándose de ellos, dominando sus principios fundamentales y adecuándolos a las realidades nacionales. La Universidad debe apuntar a esa meta. Esa es la contribución que la sociedad espera de ella.

Con un magisterio ejemplar, como el que hoy ha sido premiado, la ruta será más corta.